

MARIO BRICEÑO-IRAGORRY Y ANTONIO NICOLÁS BRICEÑO BAJO LA ÓPTICA HISTÓRICA

Berríos Berríos, Alexis

Universidad “Simón Rodríguez”, Núcleo Valera
Venezuela

Mario Briceño Iragorry y Antonio Nicolás Briceño (el diablo) son dos figuras claves en la historia de Venezuela, y, por ende, en la historia de Trujillo. Ambos poseen un valor inconmensurable a la hora de izar nuestro pasado. Eso sí, ubicándolos más allá del tamiz de las emociones y bajo la pupila histórica propiamente dicha. O, por decirlo de otro modo, asignándoles el lugar que les corresponde en el ojo de la razón. He aquí, entonces, el punto concéntrico para comenzar a discernir en relación con la obra legada por estos dos ilustres trujillanos, iniciando el recorrido por la senda histórica-literaria fraguada por un hombre nacionalista y pleno de la talla de Don Mario Briceño-Iragorry.

Conforme a ello, la pluma de quien escribe parte por el sentido de la unidad histórica apuntada en *Tapices de Historia Patria*, como corolario para impeler la comprensión del hilo cultural venezolano. Ciertamente, la historia de cualquier sociedad no se puede comprender a través de sus cortes. Por contraste, es menester hilvanar lo acontecido a partir de lo embrionario-territorial, sobreentendiendo el significado de la unidad de pueblo. Claro está, la sal cultural venezolana tiene su origen en 1498 con la llegada del español al Golfo de Paria. Allí empezó el contacto con el

otro pedazo de luna y con ella se vino un cuerpo cultural configurado sobre la base de leyes, instituciones, fundaciones de pueblos y ciudades, entre otros ingredientes que hicieron posible la conformación del soma venezolano. Esto es, una urdimbre cultural fluida por un cruce humano bélico, religioso, crematístico... al punto de contribuir al despegue de Europa como continente industrializado. Nada más verdadero, empero y amén del señalado contacto, la geografía venezolana adquirió rostro territorial y nombre indeleble en la esfera planetaria. Por ello, Briceño Iragorry valoró el estudio exhaustivo de la colonia al darse por enterado del valor de la misma al momento de intentar reconocernos en el término historia. Como es sabido, la palabra historia proviene del sustantivo *histor* o alguien que ha visto para poder saber y saberse. En otro giro, la historia se afianza en lo sublunar y todo lo acontecido alrededor del hombre formará parte de la hechura temporal. Estar ahí, diría Heidegger: existir, mostrarse, buscarse... en el tiempo como convención bifurcada y terminar comprendiendo que estamos llenos de pasado. ¡Caramba! El viejo Don Mario se mantuvo límpido en percepción histórica al esbozar la consumación de lo que somos sin negar los atropellos, pero sin anegarse en el llanto por los siglos de los siglos. Otra cosa, el ensayista supo darle siempre

*Profesor-investigador de la Universidad “Simón Rodríguez”. Conferencia dictada en el Seminario: *De Antonio Nicolás Briceño a Mario Briceño-Iragorry: Construcción de la Memoria Histórica*, celebrada el 22 de Octubre de 2009 en la Universidad de Los Andes-Núcleo Trujillo. El texto fue solicitado, arbitrado y aceptado para este Seminario. E-mail: alexiana_60@hotmail.com

la connotación verdadera a lo acontecido, sabiendo que el pasado se estudia desde el presente, situando al hecho en su contexto o correspondientes circunstancias.

Por tanto, los tapices de Don Mario nos muestran la unidad histórica venezolana, caminando por el nailon de los años, hasta llegar a lo contemporáneo y asumir con transparencia el legado tácito de una historia concreta e inmodificable desde la perspectiva científica y societal.

Ahora bien, Mario Briceño también captó la importancia del estudio de los lugares de Venezuela para poder consolidar el ser nacional. Insistió en la elaboración de trabajos atinentes a las localidades y regiones del país, buscando conectar los cuatro puntos cardinales de un mapa territorial escamoteado por el elemento foráneo. Mejor todavía, una Venezuela no sentida por sus hijos y una sociedad sumida en la inconciencia histórica.

Por reacción, Mario Briceño emprendió el estudio de su región (Trujillo) dejando pinceladas acerca de personajes ilustres del terruño y el significado de la localidad. Veamos (Briceño, 1981:85):

Nunca alcanzará virtud creadora ni crecerá cuanto es debido en nuestro espíritu la noción de la Patria total, capaz de abarcar en su seno los destinos de mil diversos pueblos, si no profundiza su raigambre en la robusta individualidad de la Patria local, en el afecto inmovible, al pueblo, al barrio, a la calleja, a la casa, en fin, donde corrieron los tiempos sin igual de nuestra infancia.

Nótenlo bien, Mario Briceño se adelantó (junto a Mariano Picón Salas) al enfoque de una verdadera historia de Estado en Venezuela. Orientación que hoy viene tomando fuerza en diversas instituciones de la geografía nacional, con el propósito de descubrirnos y encontrarnos como venezolanos diversos y únicos en cuanto a cultura se refiere.

¿Qué decir, al respecto?

Sobran las palabras.

El heredero de los Cuicas disparó su flecha muy lejos, convirtiéndose en un visionario de la ciencia histórica. Sabía él, que esa historia episódica saturada de héroes y hechos rimbombantes, niega la esencia de lo venezolano. Asimismo, sobreentendía el valor de la sumatoria de las partes para construir el mosaico de esa patria añorada por Miranda, Bolívar y Bello.

Sumemos otra cita (Briceño, 1991:131) para fortalecer la idea de lo local en la novelística de Mario Briceño:

Maravillosa tierra de agricultura, su excelencia movió a pensar que la región de Pampán y de los Pampanitos derivase su nombre de la reduplicación de cosechas ofrecidas por el rico suelo, donde el maíz y la yuca crecen y rinden como si fuesen cuidados por los ángeles de San Isidro (...)

Dicho sea de paso, Mario Briceño destaca en esta obra *-Los Riberas-* el resplandor de la cordillera andina, el embrujo merideño y el suave silencio del páramo, incitando a la ternura del tiempo preterido. Suben radiantes las voces antañonas perdiéndose el hombre en el juego amoroso de un lugar alejado. Viajan las estrellas a otro cielo donde Alfonso Ribera muda la vida transmutándose en un ser de trascendencia vacía. En suma, *Los Riberas* son el fiel reflejo de ese venezolano trastocado por el impacto petrolero.

Conste, pues, la sustancia de lo local en Don Mario y valórese a estas horas cuando la historia pequeña se encuentra en primera dimensión tanto en el continente latinoamericano como en países del viejo mundo, verbigracia: Italia y Francia. No en vano, el insigne ensayista consustanció la savia cultural venezolana con el vocablo identidad, y en preciso, forjó una lucha teórica dirigida a sostener y rescatar lo nuestro frente a la avalancha de anti-

valores venidos en las embarcaciones de la modernidad. Desde luego, el esclarecido pensador percibió el riesgo que corren las sociedades desconocedoras de su pasado, no sin antes advertir el trasplante socio-cultural como sinónimo de caos.

Andado el tiempo, su tesis se fortalece al observar nosotros la penetración y nacionalización de los valores extranjeros en Venezuela, y, en peores circunstancias, al contemplar la pérdida del más mínimo conocimiento de patria a la luz de un horizonte pintado en un nuevo siglo, cuya premisa es el conocimiento y la interconexión espacial. Se trata, de un nuevo ciclo histórico, caracterizado por el pensamiento global y a la vez por la enjundia regional, en virtud de conservar la relación cultural y variopinta de la existencia humana.

Con todo, Don Mario Briceño Iragorry enfiló baterías para defender nuestra historia patria asomando, a modo de advertencia, la siguiente justificación (Briceño, 1989:217-218):

A la defensa de este sentido de nuestra Historia se encaminan estos flacos ensayos, que, acoplados en libro, expongo a la meditación de los compatriotas que se preocupan por la defensa integral de la República. No los ofrezco como iluminadas enseñanzas que reclamen la absorta y sumisa admiración de los lectores. Son, como digo, guiones apenas, donde se compendia un cuarto de siglo de modesta y constante meditación sobre la problemática del país. Con mis estudios sólo he buscado servir a una más clara y objetiva intuición de la historia (...)

Se da, de esta manera, la reflexión de un hombre ganado para la búsqueda de una historia nueva circunscrita al hombre como sujeto de ella. O, con exactitud, una historia adherida al acontecer humano in stricto e in situ para poder descifrar los hilos tejidos a lo largo de quinientos años. Esa historia recoge la solera de los pueblos y las marcas del ser, proyectándolo al fuego de la imaginación. Merced a lo dicho, la historia toma la ruta creativa viajando el hado social

en la responsabilidad y el compromiso de las nuevas generaciones. Entretanto, el abuelo Briceño anotó en defensa de la historia lo que viene de seguidas (Briceño, 1989:234):

Por eso he dicho que la explicación formal y lógica del pasado tanto interesa a los encargados de dirigir el proceso de la cultura cuanto al trabajador modesto que busca de incorporarse en forma activa y permanente al movimiento determinante de aquella. La historia forma parte de la educación cívica del pueblo. La historia explica al ciudadano, y por el examen del pasado le marca el ritmo seguidero, no como ombligo permanente que lo pegue a una tradición, sino como voz que le anime y le empuje para hacer cada vez mejor y más brillante la Historia de la Patria. Para hacer que nuestros hijos lucren con una tradición más brillante.

Como se ve, Mario Briceño apostó hartamente bien a la ciudadanía en una nación joven edificada con oro negro y apoyando sus esperanzas en los hombres nuevos, para erigir sobre los resortes de lo autóctono la esfinge de esa pequeña Venecia bautizada por un florentino llamado Américo Vesputio.

Con tales apreciaciones, Mario Briceño Iragorry vivirá para la historia brillando en lo alto de un canto suave que suele decir y decir por Venezuela.

Antonio Nicolás Briceño, El Diablo.

El diablo Briceño figura en los anales de la historia nacional por sus dotes personales, profesionales y militares. Es verdad, Antonio Nicolás denotó excelsos dotes de padre, hermano, marido, corriendo por sus venas la sangre caliente de la heroica pléyade de guerreros venezolanos. En él se conjugan los rasgos fundamentales de un hombre de la época que le tocó vivir, y gracias a ella, definió su destino sin esperar gloria ni reconocimiento alguno. Al contrario, vivió y luchó persuadido por la causa independentista al darse por enterado del ideal de justicia, luego de haberse embebido en el estudio jurídico y alcanzar el título de abogado en las reales Audiencias de Santa Fé

de Bogotá y Caracas. Aún algo más decisivo: Antonio Nicolás bebió en las fuentes clásicas del pensamiento y para muestra un botón (Briceño, 1982:69):

El imberbe Antonio Nicolás saboreará el Latín clásico y el Griego de Homero, se familiarizará con el francés de la Enciclopedia, el inglés de Locke, y se buscará a si mismo por la pluralidad de senderos de la Historia y de la Filosofía, el Arte y la Literatura (...) Había cursado también, Derecho Pontificio.

Cae, sí, su nutriente intelectual que lo exalta en un período de la historia de Venezuela activado por figuras prominentes y de altivez histórica. Además, representó a la ciudad de Mérida en el Congreso Constituyente compartiendo con Miguel José Sanz la secretaría del ayuntamiento. Acto por acto, el “diablo” irá demostrando su elocuencia y versatilidad ante la mirada pública de muchos cicerones. Al cabo del tiempo, será reconocido en las esferas del pensamiento venezolano y su inclinación por el federalismo lo consolidará como hombre de ideas.

Poco más tarde, decide con ahínco libertar su patria llevando en sus espaldas el antecedente de haberse enrolado en la conspiración contra el gobierno de Emparan en la Casa de la Misericordia. Grita a los cuatro vientos solicitando libertad al lado de Bolívar, Miranda, Roscio...y su lucha será sangrienta contra el invasor español. Pelea, va al exilio y por razones de fuerza mayor, se convertirá en el jaque mortal para el hombre europeo a quien procura eliminar sin piedad. Volvamos a la fuente que a la letra dice (Briceño, 1982: 115):

Según testimonia el historiador Francisco Javier Yanes, en San Cristóbal vivían dos europeos (Francisco Gómez y Félix Sánchez) que fungían de honorables caballeros, de avanzada edad, quienes antes de respetar las disposiciones del Comandante patriota, la dieron por burlarse de su actitud y más aún, enviaron aviso al realista para que volara a vengarlos. Ante esta situación, el Coronel, con fecha 9 de abril los

pasó por las armas, en cumplimiento de lo estatuido en el bando. El único error cometido en esta oportunidad fue el de haber remitido las cabezas de los ajusticiados a Cúcuta. Lo que produjo un gran escándalo.

A posteriori, Antonio Nicolás proseguirá en su objetivo pese a la iracundia de Bolívar y, tomando de nuevo las armas, decide dirigirse por la montaña de San Camilo para toparse con Guasualito, lugar donde será rodeado por el ejército español cayendo en sus garras en compañía de doce oficiales. Parejamente, el diablo Briceño será trasladado a la ciudad de Barinas para ser condenado el 11 de junio de 1813 a la pena de muerte por un Consejo de Guerra organizado por el Comandante General Antonio Tizcar. Su cabeza debía ser cortada y también su mano derecha para exhibirlas en lugares públicos. En efecto, el diablo será fusilado el 15 de junio de 1813 y todavía la extensa llanura se estremece con sus últimas palabras: Fusílenme pronto para no sufrir por más tiempo a los tiranos de mi patria.

La cosa es clara: el diablo Briceño murió combatiendo por ideales guardados muy adentro de su espíritu libertario. No hay duda de su protagonismo histórico en la lucha emancipadora de Venezuela. Tampoco del sitio que ocupa en la historia episódica-militar por el cuadro que pintó con entusiasmo y grandeza frente a los conquistadores. Dicho en una frase, Antonio Nicolás encarnó la valentía en tiempos donde la vida humana reclamaba reciedumbre y firmeza para lograr patria. Fue, posiblemente, uno de los adalides más connotados de la cruenta lucha causando en los tinteros de los plumarios: asombro, terror y admiración. En concreto, el diablo bulle en la posteridad por haber sido un hombre que estremeció su tiempo al salir de Mendoza Fría para ir a morir en casa ajena por la patria y la libertad.

Bibliografía:

Briceño Iragorry, Mario. (1981). *Presencia e Imagen de Trujillo*. Caracas: Biblioteca de Temas y Autores Trujillanos.

_____. (1989). *Obras Completas. Vol. 4*. Caracas: Ediciones del

Congreso de la República.

_____. (1991). *Los Riberas*. Caracas: Monte Ávila Editores.

Briceño Perozo, Mario. (1982). *El Diablo Briceño*. Caracas: Gráficas Armitano, C.A.



Mario Briceño-Iragorry BI cargando a sus dos niñas:
María y Beatriz Mercedes.